

Cardenal Mazarino; normas de actuación

José Alberto Cepas Palanca

Breves esbozos biográficos

Jules Mazarin (nacido como Giulio Mazarini o Mazzarini o *Mazarino*), más conocido como el Cardenal *Mazarino* (1602-1661) fue un hábil diplomático, Cardenal y político italiano, primero al servicio del Papa y más tarde al servicio del Reino de Francia. Fue el sucesor del Cardenal Richelieu como Primer Ministro durante el Reinado de Luis XIV, el Rey Sol, del cual fue su tutor. Le sucedió como Primer Ministro de Francia, Jean Baptiste Colbert.

Mazarino, quien no era sacerdote, obtuvo el nombramiento de Cardenal a propuesta del Rey Luis XIII, por los servicios prestados a la Monarquía francesa.



Cardenal Mazarino

Normas básicas

Conócete a ti mismo

Primero examina tu aspecto físico ¿Tienes la mirada insolente, la pierna o el cuello excesivamente rígidos, el ceño fruncido, los labios demasiado muelles, el andar lento o rápido en demasía? Si es así, debes corregirte.

Después examina a las personas con las que sueles tener trato ¿Tienen buena reputación? ¿Son ricas? ¿Prudentes?

Pregúntate en que ocasiones tienes tendencia a perder el control de ti mismo, a abandonarte a extravíos de lenguaje o de conducta. Cuando bebes demasiado en un banquete. Cuando juegas. Cuando te aflige una desgracia. Bien; estos son los momentos en que, como escribe Tácito: “las almas de los mortales son vulnerables”.

¿Acaso frecuentas ciertos lugares sospechosos, buenos para el vulgo, pero de mala fama y, en definitiva, indignos de ti?

Debes aprender a controlar tus actos, y a no relajarte jamás en esta vigilancia. A ello te ayudará a considerar dónde y en qué compañía te encuentras y qué circunstancias te han llevado allí, a comportarte de forma adecuada a tu rango y al rango de las personas con las que tienes trato. Es fundamental que seas consciente de todos tus fallos y que vigiles en consecuencia tu conducta.

Has de saber de entrada que, cada vez que uno se deja llevar por una mala inclinación, es eficaz imponerse una prueba. Por ejemplo, si alguien te ha dirigi-do palabras ofensivas y tú sientes que se te altera la bilis, haz de modo que nada traicione tu cólera. Contente todo el tiempo que sea preciso para que las circunstancias hagan ineficaz cualquier demostración de animosidad y no intentes vengarte. Al contrario, finge que no te has sentido ofendido. Espera que llegue tu hora...

Procura que tu rostro no exprese jamás ningún sentimiento concreto, sino tan solo una especie de perpetua amabilidad. Y no sonrías al primero que llegue so pretexto de que has recibido de él algún signo de amistad.

Procúrate información sobre todo el mundo, no confíes tus secretos a nadie, pero pon todo tu empeño en descubrir los de los demás. Espía para ello a todo el mundo, y de todas las formas posibles.

No digas ni hagas nunca nada que pueda contravenir al decoro, al menos en público; ya que, aunque tú actúes de forma espontánea y sin maldad, ten por seguro que los otros pensarán mal sistemáticamente. Lo mejor es mantener siempre una actitud reservada, a la vez que observas discretamente lo que

ocurre. Procura, en definitiva, que tu curiosidad no sobrepase nunca el límite de tus cejas.

Conoce a los demás

La enfermedad, la embriaguez, los banquetes, los momentos de relajación y de broma, los viajes, en resumen, todas las circunstancias en que los espíritus tienen tendencia a relajarse, en que los corazones se abren y en que, podríamos decir, las fieras se dejan atraer fuera de sus guaridas, serán para ti ocasiones de recoger informaciones preciosas sobre unos y otros. Lo mismo ocurre con el dolor, sobre todo cuando la causa es una injusticia. Hay que saber aprovechar estas situaciones frecuentando con mayor asiduidad a aquellos de quienes deseas tener más información. Te darás cuenta asimismo de que es muy útil acercarte a sus amigos, sus hijos, sus familiares, sin olvidar a los criados, que se dejan corromper con facilidad mediante pequeños obsequios a cambio de los cuales están dispuestos a proporcionar una gran cantidad de información.

Si sospechas que alguien tiene una opinión perfectamente formada sobre un tema, pero no quiere hablar de ello, defiende en la conversación el punto de vista contrario. Si tu opinión es, en efecto, contraria a la suya, le costará mucho, aun con toda la desconfianza y la circunspección del mundo, no traicionarse alegando objeciones o manifestando que su punto de vista también merece ser defendido y, por tanto, no desvelarte el fondo de su pensamiento mostrando que es de una opinión diferente a la tuya.

Un buen método para descubrir los vicios de alguien es dirigir de entrada la conversación hacia el tema de los vicios más corrientes y céntrala luego más en concreto en aquellos de los que crees que adolece tu interlocutor. Ten por seguro que no hallará palabras suficientemente duras para reprobar y denunciar el vicio que a él mismo le domina. Es lo que vemos a menudo en algunos predicadores, que fustigan con la mayor vehemencia los vicios que a ellos mismos envilecen.

Si quieres desenmascarar a una persona falsa, consúltale sobre un asunto y luego, unos días más tarde, vuelve a preguntarle sobre este mismo asunto. Si la primera vez quiso inducirte a engaño, la opinión que te dará la segunda vez será distinta: la divina Providencia ha querido que olvidemos con facilidad nuestras mentiras.

Finge estar bien informado de un asunto del que en realidad no sabes gran cosa en presencia de cierta persona de la que tú tienes razones para suponer que está perfectamente al corriente: se traicionará enmendando tus palabras.

Cuando un hombre está sumido en un gran dolor, aprovecha la ocasión para adularle y consolarle. A menudo en estas circunstancias es cuando deja que se manifiesten sus pensamientos más secretos y mejor guardados.

Induce a las personas a que te cuenten su vida, sin ser conscientes de ello. La mejor manera de lograrlo es hacer ver que cuentas la tuya. Te confiarán como han conseguido engañar a los demás, cosa que te será muy útil para interpretar su conducta actual. Ahora bien, de tu vida, naturalmente, procura no desvelar nada.

He aquí cómo averiguar cuáles son las auténticas capacidades de un individuo. Dale a leer, por ejemplo, un pequeño poema. Si se muestra entusiasta ante unos versos de poca calidad, sabrás que no entiende de poesía. Igualmente, podrás apreciar si es un buen gourmet dándole a probar algunos platos, etc. Es un buen método para pasar revista a sus conocimientos.

Puede ser útil, en sociedad, organizar un juego en que los participantes finjan debatir un asunto serio. Cada uno hará una demostración de su talento y de sus capacidades de juicio, ya que broma y chanza ocultan siempre un fondo de verdad. Podrás incluso, si se presenta la ocasión, hacer de médico mezclando en la comida destinada a alguien uno de esos filtros que provocan euforia e incitan a la locuacidad.

Contradecirse a menudo es el signo más claro de infamia en una persona. Ten por cierto que el individuo que se contradice no tendrá ningún reparo en robarte.

En cambio, no hay que temer gran cosa de los que irritan a todo el mundo a fuerza de alabarse a sí mismos de forma rimbombante. Desconfía, no obstante, de esos extravagantes de aire sombrío y arisco que se complacen en pronunciar interminables discursos en voz alta y tono sentencioso. Les reconocerás por sus uñas demasiado cortas y por su forma de alardear de mortificaciones que en ningún caso están inspiradas por un sentimiento religioso sincero.

A los nuevos ricos, nacidos en el arroyo, los reconocerás por los bellos adornos y los festines refinados. La experiencia de la miseria les empuja a ambicionar las satisfacciones materiales mucho más que los honores.

Recuerda siempre que los hombres cuya vida está dominada por los placeres del vino o de la carne son prácticamente incapaces de guardar un secreto: los unos son esclavos de sus amantes; los otros, después de haber bebido, no pueden evitar hablar a tontas y a locas.

Fíjate en cómo hacer caer en su propia trampa a los fabuladores y a los fanfarrones que te cuentan sus viajes, sus campañas y sus existencias aventureras, jactándose de innumerables gestas y de haber pasado largos períodos en distintos lugares. Toma buena nota de todo lo que cuentan, haz la suma de los

años que esto representa, luego en todo caso, pregúntales cuándo comenzaron su heroica carrera, cuando la terminaron, y, por último, qué edad tienen. Comprobarás entonces que no concuerda nada.

También puedes hacerles preguntas sobre una ciudad imaginaria cuyo nombre te habrás inventado, e interrogarles acerca del número de Palacios que en ella se erigen, o sobre la famosa fortaleza que la domina ... Incluso puedes, fingiendo que lo sabes todo acerca de su vida, felicitarles por haber salido indemnes de algún peligro ¡imaginario, por supuesto!

Reconocerás la virtud y la piedad de un hombre por la armonía de su vida, por su falta de ambición y su desinterés por los honores. No hay en él falsa modestia, ni premeditación en sus palabras o en su comportamiento. No finge hablar en un tono imperturbablemente suave, alardeando de mortificaciones puramente superficiales, como aquellos que repiten a todo el que quiera escucharlos que apenas beben ni comen ...

Los melancólicos de tez biliosa, así como los flemáticos, suelen declarar abiertamente que carecen de ambición y de orgullo. De hecho, se les puede injuriar sin que de ello deriven consecuencias graves, ya que están dispuestos a reconciliarse inmediatamente.

Un hombre astuto se reconoce a menudo por su amabilidad afectada, su nariz curvada y su mirada penetrante.

Si quieres juzgar la sabiduría y la inteligencia de alguien, haz ver que le consultas acerca de un asunto delicado. Según cuáles sean sus opiniones, sabrás además si es o no de espíritu decidido.

Desconfía de un hombre que promete con excesiva facilidad; por lo general se trata de un mentiroso y un pérfido.

Podrás juzgar fácilmente la capacidad de un hombre para guardar un secreto si él no te desvela los secretos de otro so pretexto de amistad. Hay un método excelente que consiste en enviarle a una persona de tu confianza para que le haga confidencias, y ver luego si te las repite a ti, o para que intente sonsacarle secretos que tú le hayas confiado. Recuerda que un hombre se confía con cierta facilidad a la mujer o al muchacho del que está enamorado, y también a los Grandes de este mundo, o a los Príncipes que le otorgan su favor. En cualquier caso, si alguien te revela los secretos de otro, guárdate de confiarle ni el más insignificante de los tuyos, ya que puedes tener la seguridad de que se comportará con sus íntimos como lo ha hecho contigo.

Es útil, de vez en cuando, interceptar las cartas destinadas a tus subordinados. Cuando las hayas leído, procura remitírselas para que no sospechen nada.

El hombre de elegancia excesivamente afectada a menudo es un afeminado que carece de fuerza moral. El verdadero soldado no lleva armas con adornos

demasiado delicados. Del mismo modo que un artista consumado no utiliza instrumentos demasiado bellos o demasiado elaborados, a menos que tenga la excusa de la extrema juventud. Y el verdadero erudito no pasa el tiempo en entretenimientos frívolos ni brillantes en los salones.

Un buen método para desenmascarar a un adulator: cuéntale que has cometido una acción innoble fingiendo que estás orgulloso de ella como si fuera un triunfo. Un hombre sincero se abstendría al menos de hacer comentarios.

Para desenmascarar a un falso amigo, envíale a una persona que, siguiendo tus instrucciones, le anuncie que estás al borde de la ruina y de la miseria, que los documentos en los que se basaba tu posición en este mundo han resultado carecer de valor. Si escucha a tu emisario con indiferencia, táchalo de la lista de tus amigos. Envíale otro mensajero para pedirle de tu parte consejos: verás su reacción. Pero cuando tengas las pruebas de su deslealtad, finge no creer ni una palabra de todo lo que te hayan dicho acerca de él.

Se reconoce a las personas incultas por su afición a lo ostentoso y a lo chillón en la decoración y el mobiliario de su casa. Además, cuando alguien comete un error gramatical, se echan a reír ruidosamente para que nadie pueda ignorar que se han dado cuenta.

Desconfía de los hombres bajos: son obstinados y arrogantes.

Para poner a prueba la solidaridad entre tus amigos, ataca violentamente a uno de ellos en presencia de otro o, por el contrario, alábalo de forma desmesurada. Su reacción, ya sea en silencio o de frialdad, será elocuente.

Aprovecha la circunstancia de hallarte en compañía de varias personas para pedirle a cada una su opinión sobre la mejor manera de resolver un tema delicado. Las respuestas te proporcionarán una idea precisa de sus distintos caracteres y grados de inteligencia. Pídeles asimismo consejo para engañar a un individuo cualquiera: también en este caso las distintas sugerencias te proporcionarán mucha información sobre la verdadera naturaleza de cada una de esas personas.

Si planteas una conversación sobre las persecuciones, por ejemplo, has de saber quién tiene más cosas que decir sobre el tema es el que más las ha padecido.

A casi todos los mensajeros se les forman hoyuelos en las mejillas cuando sonríen.

De las personas que están demasiado preocupadas por su apariencia no hay nada que temer.

Recuerda que las personas muy jóvenes y las muy ancianas te proporcionarán de buen grado una gran cantidad de información, y en todos los campos.

El hipócrita tan pronto te dará una opinión como la contraria, según las circunstancias. Ten cuidado con él.

Las personas que saben muchas lenguas a menudo son muy imprudentes, pues su memoria está tan saturada que asfixia su facultad de juicio.

Desconfía del individuo vicioso que se vuelve repentinamente virtuoso: ese cambio repentino seguramente oculta alguna cosa.

Cuando sospeches que alguien divulga lo que tú le dices, confíale cosas que no sean de gravedad sino enteramente personales y de las que no hayas hablado con nadie más. Cuando tus confidencias sean divulgadas, sabrás quien te ha traicionado. A algunas personas les encanta explicar sus sueños. Aprovecha esta inclinación y háblales de su tema favorito, preguntándoles toda clase de detalles: aprenderás muchas cosas sobre los secretos de su corazón. Si, por ejemplo, alguien pretende sentir afecto por ti, busca la ocasión de hacerle hablar de sus sueños: si nunca sueña contigo, es que no te quiere.

Para averiguar cuáles son los verdaderos sentimientos de alguien respecto a ti, muéstrate especialmente afectuoso o, por el contrario, finge hostilidad. En la mayoría de los casos la reacción será muy reveladora.

No des la impresión de ser experimentado en el vicio y, sobre todo, no censures jamás con excesiva violencia los vicios ajenos: serías sospechoso de los mismos.

Si un delator acude a ti para lanzar acusaciones contra alguien, haz ver no solo que estás al corriente, sino que sabes mucho más que el propio delator. Su reacción será añadir más detalles y precisiones, y te informará de muchas cosas que de otro modo no te habría revelado.

El hombre que habla con voz afectada, subrayando sus palabras con tosecillas, generalmente es un afeminado, inclinado en exceso a los placeres de la carne. Lo mismo cabe decir de esos caballeretes que van siempre emperejilados, untados y ensortijados, que solo buscan llamar la atención y miran con el rabillo del ojo a los muchachos o a las muchachas, sobre todo a los casi adolescentes.

Los hipócritas siempre están dispuestos a esparcir noticias y rumores, Los verás aprobar sistemáticamente todo lo que haces y, por supuesto, representarán ante ti la comedia de la amistad; pero si en tu presencia se complacen en criticar a otro, ten cuidado: no tardarán en tratarte exactamente de la misma manera.

He aquí un método para asegurarte de que alguien sabrá guardar tus secretos. Elige en primer lugar a un hombre al que harás una confidencia con la condición de que guarde el secreto. Haz luego lo mismo con un segundo. A continuación, pon a un tercero al corriente de tu pequeña estratagema; encárgale

que reúna a los otros dos y que aluda en el transcurso de la conversación al secreto que le has confiado. De este modo podrás juzgar su naturaleza y ver cuál será el primero en traicionarte. Si, sabiendo que los tres son depositarios del mismo secreto, uno de los dos permanece en silencio, sabrás que te encuentras ante una rara perla y podrás tomarlo como secretario con toda tranquilidad.

Un buen procedimiento para descubrir los propósitos de alguien consiste en sobornar a una persona de la que esté enamorado: a través de ella, podrás descubrir sus intenciones más secretas.

Bibliografía

BAILLY Auguste. Mazarino.